

La muerte del Sidral Mundet

Emilio Ebergenyi*

A juzgar por los hechos, el panteón de las cosas que desecha la globalización debe ser grande, muy grande.

Todas aquellas fórmulas de convivencia, herramientas novedosas de otros tiempos y modos de vida, sujetos a la lupa de un entendimiento que clasifica, ordena, juzga y elimina, en función de un criterio pragmático y efímero, van a parar a un gran cuarto de trebejos, en donde lastimosamente se van arrojando sin concierto y en desaliño. Arrumbadas en una muerte que las hará difíciles de restaurar, cuando la moda que dictó su desaparición descubra que después de todo, no eran tan inútiles como se había pensado.

Como todo en esta vida chismosa, la noticia comenzó por rumores que los hechos fueron confirmando. Hasta el momento, no tengo a la mano indicios sólidos que avalen o refuten la noticia, pero todo parece indicar que el crimen ha sido consumado.

La arrogancia imperial de las transnacionales tiene como signo distintivo una capacidad para engullir todo aquello que se opone a las supuestas bondades de lo que imponen en su vertiginosa carrera, en pos de la presea que les pertenece por antonomasia: la ganancia.

Siempre la ganancia, por encima de cualquier consideración. Todo lo demás, no importa, así sea necesario arremeter contra usos y costumbres ancestrales, caros y preciados para los conglomerados que avasallan.

Escribo estas líneas contemplando la bahía de Acapulco, que fue descubierta

para el mundo por los "usamericanos" (término que le fusilé al peruano José Miguel de Oviedo) y desde entonces es sinónimo del *leisure* en el más característico *American way of life*.

Después de leer una serie de posturas por demás interesantes en *Letras Libres* sobre las fobias y las filias que se desprenden del imperio más poderoso que haya conocido la Historia, trato de adecuar la acción de estas palabras a la reposada reflexión de un atardecer pintado con nubes que cambian de tono. De los naranjas arrebatados, a los grises que presagian la oscuridad del descanso.

A mi entender, las diferencias sustanciales entre la Roma imperial y la potencia norteña radican en los comandos de los cuarteles generales de las enormes corporaciones, que se han adueñado de los minerales y bosques de todo el orbe. El afán de conquista territorial se trasladó al otro más soterrado y perverso: el de las aspiraciones materiales y espirituales, con métodos y tácticas sustentadas en el despojo de la racionalidad.

Nos han extirpado la voluntad del orgullo.

El pez grande se come al chico. La transnacional refresquera engulle a la embotelladora familiar que no quiso o no pudo trasponer los umbrales de una empresa moldeada al calor y gustos de una sociedad provinciana (en términos enteramente romanos de expansión).

Y lo peor al intentar cavar una pequeña trinchera con las palabras, es caer en el lugar común. Pero en una época en la que lo que reina es precisamente eso, es difícil escapar a él y a la cursilería con la que impregna todo, de tal modo que es casi imposible hacer caso omiso

de las bondades del Sidral, que eran tales, que hasta lo recomendaban los médicos en el proceso de convalecencia de sus pacientes, por ser "pasteurizado".

Así, ahora en lugar del caldo de pollo y el refresco de manzana que le venían bien a todos, tendremos que recurrir a una "sopita maruchan" y al sabor del "Lift" para cuidar de nuestros enfermitos. Amén de prescindir de las bondades de la fórmula cuando se le añadía un chorrito de "Cheverny", otro producto que hace ya bastante tiempo yace en el panteón de lo inútil, sepultado por la transnacional del murciélago.

Once millones de dólares bastaron para borrar de un manotazo un producto que formaba parte del gusto de un pueblo. Lo que no lograron campañas publicitarias que se toparon con la necedad de un paladar, lo derrumbaron los puñados de monedas que nos privan no de un refresco, sino de una época, de un mestizaje, de un colonialismo menos brutal, que pudo capitalizar en una marca, una costumbre que era nuestra y a juzgar por lo discreto de su permanencia, buena por su calidad.

El fenómeno no es nuevo, por supuesto. Antes del Sidral, sucumbieron otros peones en esta desigual batalla por la sed: refrescos de resonancia local que sólo se encontraban en regiones de nuestra geografía.

Y por ello, no dejan de sudar las manos por la incierta suerte que les aguarda a otros baluartes de lo que tiende a desaparecer, como "El Soldado de Chocolate", "La Sidra Pino", refrescos de prosapia yucateca, o la misma "Yoli", sin cuyo sabor, Acapulco nunca volvería a ser el mismo.

* Locutor de radio y escritor

Sírvase pedir



Cierto, la Yoli no desapareció del mapa. Asimilada por la transnacional que la fagocitó, pervive con estirpe propia. ¿No podría pasar lo mismo con el Sidral? ¿Qué lo impide?

El Lift, por más que se lo propongan, nunca será lo mismo.

Al despojarnos de estos trozos de memoria colectiva, nos cercenan posibilidades de otro tipo de mañanas. La sentencia no es un capricho de retórica personal, es, simplemente lo que pensamos muchos, aquí y allá.

Al escribir esto último, me siento acentuadamente infantil, ingenuo y también profundamente agraviado por esta forma de abortar el intento por proponer algo tangible, para enmendar una situación con la que nos inconformamos, pero reconocemos de antemano perdida.

Privilegiar el poder demoleedor del dinero, de las ganancias, con modelos de educación que no mueven a actuar y a pensar, es mutilar la misma noción de libertad.

El ánimo no es el del escriba virulento que escupe diatribas, empapado de "antiusamericanismo", barato e irreflexivo. El ánimo es el de una persona indignada, descubierta por las decisiones

de un grupo de *big brothers*, que nunca se curaron un resfriado o una cruda, con las bondades de una gaseosa embotellada en el más amoroso de los eructos.

No manejo las cifras que en términos laborales presupone la eutanasia del refresco; esto es, la planta laboral que quedará cesante, sumida en la indefinición de otras familias que en una época tan negra como ésta, cancelarán cualquier propuesta de movilidad social y económica. Lo que recuerdo es el caso de otros refrescos, que en otro momento enfrentaron un destino similar: los refrescos Pascual.

Nunca es tarde para recordar los hechos que escuetamente expuestos pueden servir de reflexión y propuesta para no quedarse de brazos cruzados e intentar un plan de acción, aunque a estas alturas tal vez sea demasiado tarde.

Los trabajadores de la planta refresquera, después de una fallida negociación por aumento salarial, enfrentaron la quiebra ficticia de la empresa y después de un largo y prolongado juicio, demostraron que eran capaces de constituirse en cooperativa y sacar adelante la producción.

No fue fácil, tampoco rápido. Pero lo novedoso de la postura de los traba-

jadores conquistó la simpatía de la gente que los apoyó hasta que el objetivo se cumplió. Asesorados adecuadamente en materias administrativas y mercadotecnia, han probado en la práctica que todo es posible si se pone en juego el tesón y la inteligencia necesaria. Hoy en día son tan prósperos que incluso cuentan con una fundación cultural que apoya anualmente distintos proyectos.

Pienso por otra parte en "el rey Medidas mexicano": Carlos Slim.

Mi simpatía por este empresario es tal que hasta he deseado que algún día sea el presidente de mi país, en lugar del gerente que intenta desbocadamente llevar los rumbos de este barco. Lo que toca este hombre con su agraciada mano, florece en próspero negocio.

¿Serán muchos once millones de dólares para este magnate? Su postura al respecto ha sido clara: él aboga por una clase empresarial nativa que se muestre arrojada y valiente frente a los embates de la creciente globalización. Invertir en México, no saquearlo, como tantos otros han hecho.

De interesarle la idea, tal vez sería el momento para poner en juego novedosas formas de organización que implicaran otros tipos de convivencia laboral y productiva, como contrapeso para las descaradas formas de explotación de mano de obra, que ponen en juego las maquiladoras asentadas en nuestro territorio.

No soy empresario, lo reconozco. Tampoco me es atractivo el mundo de la competitividad característico e inherente a su perfil, pero tengo la certidumbre de que hay hombres con esta visión, impregnada de humanismo, que podrían aplicarse en el asunto.

No sólo por el Sidral. Hablo de nuestras escuelas y universidades, de sus maestros y alumnos, de nuestros investigadores. Aunque, tal vez, ahí también ya haya comenzado su desmantelamiento.

Mientras esto sucede, levantemos un Lift y digamos salud. ♣